

HOMILÍA ORDENACIÓN DIACONAL

(Hechos 6, 1-7; Juan 1,37-42)

1. El pasaje de libro de los Hechos de los Apóstoles que hemos escuchado nos muestra que la Iglesia de Jerusalén tenía problemas, y no pequeños. La formaban dos grupos de diversas lenguas, mentalidad, cultura y posición social. El interés de Lucas está en presentar la solución que pueda ayudar a mantener la unidad de la comunidad, superando todo tipo de división y quiebre en ella; y con un buen espíritu y disposición de diálogo es posible superar el conflicto eclesial presentado, cosechando frutos importantes para el bien común. ¡Todo un ejemplo para nuestra Iglesia de hoy! El relato da cuenta de corrientes de pensamientos diversos y distintas tradiciones. Ante las dificultades, los apóstoles proponen una solución que es aceptada por todos: la elección de siete servidores o diáconos helenistas, para que atiendan las necesidades materiales. Creo que, para llegar a la solución dada, hubo mucho diálogo, seguramente discusiones acaloradas, el discernimiento, el ceder de unos y de otros y, sobre todo, el clima de oración en que la polémica se resolvió. Y con la imposición de las manos, los apóstoles transmiten a los siete elegidos el encargo y la gracia de Dios para que cumplan el ministerio encomendado.
2. De esta primera lectura todos tenemos algo que aprender: primero, cuando se presenten dificultades pastorales un poco complejas, la comunidad cristiana con sus diversos ministerios y en sinodalidad (en participación y diálogo) está llamada a buscar soluciones profundas, las que se alcanzarán no solamente con diálogo y discernimiento, sino con una vida de fe profunda, en un clima de oración y de amor a la Iglesia; de tal modo que todos, y hoy especialmente ustedes, hermanos, que recibirán el Orden del Diaconado, podamos cuidar la unidad de la Iglesia, valorando la diversidad de carismas y de servicios en ella. Lo segundo, que la acción del Espíritu Santo está presente en la Iglesia, en la Comunidad, y actúa en ella. Jamás es monopolio de una o de tres o cuatro personas que se apoderan de Él.
3. En el pasaje del evangelio de Juan, al tercer día recién encontramos las primeras palabras de Jesús, después de que Juan el Bautista ha señalado a Jesús como el Cordero de Dios y algunos de sus seguidores van tras Jesús a los que Él les pregunta: ¿Que buscan?... la misma expresión la encontramos en boca de Jesús resucitado en el encuentro con María Magdalena, cuando le dice: ¿Qué buscas?, y será la pregunta de Jesús a sus discípulos al comienzo de la pasión en Getsemaní. Creo que se constituye como la pregunta básica y fundamental que todo cristiano deberá escuchar de parte del Maestro antes de cualquier proyecto o apostolado. El texto dice que los dos discípulos se quedaron con Jesús, vivieron con Jesús; por eso Andrés podía decir al día siguiente que Jesús era el Mesías.
4. Decir que los discípulos siguieron a Jesús, indica algo más que ir detrás de Él. Es el seguimiento de un discípulo, que va tras las huellas de su maestro; es decir, que quiere vivir como él vive. La verdadera relación de seguimiento no puede comenzar hasta que Jesús se da la vuelta y les interpela: ¿Qué buscan?, y la respuesta del discípulo: ¿Dónde vives?, aclara la situación, ya que no se trata de un lugar, una casa,

un pueblo determinado donde habita Jesús, sino la actitud vital de éste. A Jesús no le preguntan por su doctrina, sino por su vida y Jesús los invita a vivir una experiencia. “Señor, ¿dónde vives?”, será la pregunta que muchas veces tendrán que hacerse, porque es propia del cristiano y nunca será suficiente la respuesta que otro haya dado, ya que Jesús es único e irrepetible como también el discípulo que le sigue. Estos representan a todos los que intentan cada día pasar al ámbito de lo divino, al “lugar” donde está Jesús.

5. Lo que vieron fue tan significativo que les obligó a comunicarlo a los demás, de tal modo que de ese anuncio va formándose la Comunidad. De lo que han visto y oído, se constituye la naturaleza de la Iglesia, experiencia vital transformante y formadora de comunidad.
6. El Concilio Vaticano II, en particular en el documento *Lumen Gentium*, dice que a los diáconos "se les imponen las manos no en orden al sacerdocio, sino en orden al servicio" (LG 29). Una diferencia que no deja de ser importante, ya que el ministerio diaconal, antes reducido a una orden de paso hacia el sacerdocio, recupera así su lugar y su especificidad. Es un ministerio, un servicio de llevar el viático a los moribundos, ministerio de la liturgia, de la Palabra y de la caridad y de la administración de los sacramentos. Y en palabras de san Policarpo: sean por sobre todo “misericordiosos, diligentes, procediendo conforme a la Verdad del Señor, que se hizo servidor de todos”. Cristo diácono constituido para todos (LG 29). Por ello, que toda vocación y ministerio está orientado al servicio. El papa, los obispos, los sacerdotes, todo ministerio laical, nadie puede olvidarse del servicio diaconal.
7. Los diáconos, precisamente por estar dedicados al servicio de este Pueblo, deben tener muy presente en su ministerio, que en el cuerpo eclesial nadie puede elevarse por encima de los demás. En la Iglesia debe regir “la lógica del abajamiento”, la *kénosis* del Dios que se encarna y que conmemoramos con su nacimiento en días pasados: "Todos estamos llamados a abajarnos, porque Jesús se abajó, se hizo siervo de todos. Si hay alguien que es grande en la Iglesia es Él, que se hizo el más pequeño y el siervo de todos". Todo empieza aquí: "todo está en el servicio, no en otra cosa". Si no se vive esta dimensión, todo ministerio se vacía de su esencia, se vuelve estéril, no produce frutos. Y el papa Francisco dice que: “poco a poco se vuelve mundano”.

Me permito algunas consideraciones, hermanos, para que vivan plenamente su diaconado en nuestra Iglesia diocesana de Iquique.

8. Los diáconos, en efecto, enseña el Concilio Vaticano II, están, por sobre todo, dedicados a los oficios de la caridad, de la administración y en cuanto a la atención de las necesidades de los fieles en nombre del obispo; tienen una presencia activa en medio de los pobres y los enfermos. Les exhorto a estar muy presentes en la pastoral social, a ser protagonistas al estilo de Jesús, caminando en medio de los campamentos, y en toda realidad cercana a los pobres, de tal modo, que ellos les ayudarán a no perderse en su servicio diaconal.

9. En seguida, los diáconos no son "medio sacerdotes", ni "monaguillos de lujo", para solemnizar celebraciones litúrgicas, sino servidores solícitos que se desviven para que nadie quede excluido de la sociedad, ni de la comunidad cristiana. Deben ser siempre anunciadores de la "Buena Nueva", para que el amor del Señor de la misericordia toque verdaderamente la vida de las personas que lo necesitan y esperan.
10. Hermanos, los invito a ser "humildes"; se los repito, sean "humildes" ¡Es triste ver a un obispo, o a un sacerdote vanagloriarse de sí mismo y tratando mal a los laicos, como a personas de *status* inferiores a él! Pero, también es triste ver a un diácono que quiere ponerse en el centro del mundo y con conductas de poder, ¡clericalista!, muy lejana a la actitud y conducta de Jesús. Tienen el testimonio y como referente de vida a dos grandes Santos: San Esteban y San Lorenzo, diáconos que, desde la humildad, supieron servir a Jesús en el rostro de sus hermanos, especialmente en el pobre y en los más necesitados. Sean ustedes hombres buenos, sencillos, humildes, servidores, y alégrese por estar con los pobres y necesitados y por ayudar al párroco o a quien les solicite ayuda. Hagan todo con alegría, sin quejarse, sonrían, no sean ministros cómodos y amargados. Les pido, en fin, que sean centinelas, no solo para ver a los alejados y a los pobres, sino que sean también centinelas para ayudar a la comunidad cristiana a descubrir y poner a Jesús en el centro de su vida.
11. Otro aspecto importante que reflexionar en esta ocasión: La perfección de la Iglesia radica en la presencia del Espíritu Santo en ella, y no en quienes la conformamos. Ninguno de nosotros tiene el don de la perfección. Somos hombres y mujeres imperfectos que buscamos la perfección de Dios por los méritos de Jesucristo. Nadie en la Iglesia se puede arrogarse el derecho de creerse perfecto. Por esta razón, ustedes, hermanos, que han sido llamados al Orden del Diaconado -no por ser perfectos-, el Señor los llamó con lo que son, con sus defectos y virtudes; se han formado durante este tiempo, y continuarán un proceso de aprendizaje y de formación, que les ayudará en su servicio ministerial. Lo más importante en este proceso de formación y aprendizaje es que se dejen moldear por las manos de Jesús, siendo como ese poco de arcilla al que el Señor le da forma, para el servicio en la misericordia y la caridad.
12. Y nosotros, pueblo de Dios, que participamos de esta celebración, comprometámonos con ellos en la oración, para que estos hermanos nuestros vivan siempre en fidelidad y perseverancia la vocación que el Señor les ha regalado. Cuidémoslos con el buen consejo. En el momento de corregirlos, que seamos capaces de proceder en la verdad, en la caridad y fraternidad.
13. En su ministerio diaconal, hermanos, cultiven el espíritu misionero, evangelizador, y caminen con la comunidad para que, juntos puedan descubrir la riqueza de sentirse enviados por Jesús a evangelizar, cultivando un espíritu misionero. Sean una Iglesia en salida y sinodal, capaz de cruzar fronteras culturales, sociales e inclusive religiosas.

14. Mis queridos hermanos Roberto, Sebastián, Gabriel y Gustavo, tengan siempre presente lo más importante que deberán cultivar, cada uno de ustedes, para cuidar su vocación y servicio diaconal:
- Vivan su vida y servicio teniendo como centro a Jesucristo.
 - Vivan su ministerio haciéndose cercanos a todos, especialmente a los invisibilizados y desesperanzados, para escuchar los gritos y el clamor que suben hasta Dios.
 - Sean siempre personas que han optado por vivir de una manera sencilla, pobre y despojada. En su servicio diaconal den testimonio de la ternura y misericordia de Dios.
 - Cultiven una vida de oración permanente, que les permita tener la claridad, la sabiduría y motivación necesarias en su servicio. Mediten asiduamente la Palabra de Dios que tienen que proclamar y enseñar a los demás.
15. Con la ayuda y el acompañamiento de sus hermanos sacerdotes, como también la de los laicos de las Comunidades cristianas, sabrán recibir la formación necesaria, que será permanente, para servir cada día mejor al estilo de Jesús, el Buen Pastor.
16. Que el Señor Jesús, que vino a servir y no a ser servido, los bendiga y los acompañe siempre en su ministerio. Amparados por el amor materno de la Santísima Virgen María, nuestra Señora del Carmen de la Tirana, y motivados por el testimonio de los primeros diáconos de la Iglesia, especialmente de San Esteban y San Lorenzo, les permita el Señor llevar a la plenitud la obra buena que Él mismo ha comenzado en ustedes.

Sea a Dios la gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

+ Isauro Covili Linfati, ofm
Obispo de Iquique